

Ronaldo  
Menéndez

**LA CASA Y LA ISLA**

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ronaldo Menéndez  
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S.A.)  
Madrid, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9104-472-7  
Depósito legal: M. 28.456-2016  
Printed in Spain

*A Teo, la isla envuelta,  
la casa que ya no será suya*

Estábamos en una isla, debes entender muy bien esto no solamente para entender la realidad, sino también para comprender nuestra posición ante aquella realidad. El que nuestra isla no estuviera rodeada agua sino de tierra firme no cambiaba para nada la situación, ni tenía por qué disminuir el aislamiento. Lo único que podíamos hacer era intentar vivir allí, cultivar la isla y valernos de aquellos pobres objetos que habíamos llevado en los equipajes y que debíamos salvar del naufragio como si de un milagro se tratara. El que no estuviéramos hablando del naufragio de una nave, sino del hundimiento de nuestra propia vida hasta entonces, no cambiaba para nada la situación.

ANA BLANDIANA, *Proyectos de pasado*

# Ritmo telúrico



—Esta —dijo Rebeca con un vasto ademán que incluía la pared y el espejo, la sala con cada uno de sus muebles y las ventanas anchas por donde se colaba la noche agujereada de estrellas— era la casa de mis padres. ¡A ver dónde te vas a meter después de lo que me has hecho!

El hombre se ha propuesto soportar con estoicismo absolutamente todo. Sabe que debe sentirse culpable por lo que ha hecho, pero no lo logra. Es por ello que decide poner a prueba, como nunca antes, su capacidad de resistencia. Sería difícil explicar cómo se le metió en la cabeza la idea de que bajo el aluvión de las recriminaciones —su mujer tenía el derecho de lanzarle de la primera a la última piedra— nacería su merecido sentimiento de culpa.

—¿Tú sabes lo que significa hacerme esto a mí, a estas alturas? ¡Yo que te fui fiel como una perra, y mira que oportunidades no me han faltado!

Pedro, siempre filosófico, reflexiona y desapruueba el lugar común que acaba de gritarle su mujer. «En la vida no hay “alturas” —piensa—, más bien se trata de un progresivo descenso (cuesta abajo en su rodada, según el tango) del nacimiento a la muerte».

La mujer no se detiene:

—¡Cabrón! ¡Eso es lo que eres!

A él no se le escapa que el tono más o menos aséptico con que su mujer comenzó a flagelarlo ha ido descendiendo al ámbito pedestre de un común zafarrancho conyugal. Se trata, piensa, de un desgaste platónico, como esas entidades que a medida que se alejan del Ser Supremo van degenerando hasta caer en la condición fangosa de la Nada Material, vamos, que en esta isla todo tiende a deteriorarse más rápido de la cuenta.

—¡Mal rayo te parta, degenerado!

Le preocupan los vecinos, siempre taimados, acechantes, amoscados extramuros de la casa. ¿Qué estarían pensando los vecinos ante aquella trifulca sin precedentes? ¿Qué estará pensando el viejo jubilado de la casa contigua que se pasa la vida escuchando lo que hablan los demás para luego «informar»?

—¡Hijo de puta!

—Rebeca, por favor, piensa en los vecinos...

—Ahora me pides que piense en los vecinos, como si tú hubieras pensado en algo en el momento de metérsela... Pero claro, entonces solo pensabas con esa cabeza estúpida que tienes entre las piernas.

—Rebeca, me niego...

—Debe ser herencia de familia, porque tu madre también se lo hizo a tu padre... ¡Hijo de puta!

Pedro piensa que Rebeca tal vez tenga razón en cuanto a la frontalidad de los hechos, pero sabe que ante aquel escarnio debe ofenderse porque su madre era una santa y grita que todo tiene un límite, que una cosa no tiene que ver con la otra, y que su madre está bien muerta (en el cielo, a pesar de lo que ella piense) y hay que respetar su memoria, y que la máxima de toda discusión es (acaba de inventarlo): no le grites al otro lo que no quisieras escuchar tú mismo.

Luego se va dando un portazo.



Rebeca sabe que esa noche no podrá dormir. Ha quedado respirando el silencio opresivo de la habitación. Y percibe que aquel silencio es íntimo, plomizo, penitenciario. No se atreve a salir al ámbito de extramuros, pues, en su angustia, logra prefigurar el aspecto de las pupilas inquisidoras del vecindario, de esa jauría llamada prójimo que siempre está demasiado próxima.

Entonces, como suele suceder, desfilan ante sus ojos algunas imágenes de su vida. No era posible que Pedro, su Pedro, que tanto la había deseado en otros tiempos, le hubiera sido infiel. No era posible (aunque sí comprensible y hasta histórico) que la infidelidad se hubiera realizado sobre el cuerpo impecable y pecador de una alumna. No era posible que aquello, tan común que parecía constituir las ajenas tramas maritales, le estuviera ocurriendo a ella al cabo de cinco años de fidelidad recíproca. Aunque, para qué engañarse, a esas alturas podía poner en duda incluso la histórica fidelidad de Pedro.

Siempre había deseado irse a la cama con otro u otra. Pero había guardado su fidelidad como una limpia carta de triunfo para el día (el día que no llegaría nunca, había pensado) en que a Pedro se le ocurriera engañarla, proceder ella a fornicar con terceras, cuartas y quintas personas, como en los viejos tiempos. Justicieramente, haciéndole el amor al prójimo y la guerra a su marido. Pagándole con la misma moneda aplacaría el resentimiento y eludiría el lugar común del divorcio. Por tanto no, no, y no era posible que la bella Rebeca, pelirroja hasta el pubis, fuera relegada por su marido para acostarse con otra. Sobre todo porque acababa de saber que estaba embarazada. ¿Acaso valía la pena preguntarse si aquel embarazo inesperado no había sido una tentativa inconsciente de retener a su marido por los siglos de los siglos? Los caminos del señor, sin duda alguna, eran demasiado inescrutables para su gusto.

«Dios mío», susurra. Y enseguida piensa con una sonrisa deshilachada: «Quién dice que todo está perdido, aún puedo ofrecer mi...».

Entonces deja la idea colgando del techo, se ducha (raspando meticulosamente cada peca adherida a su piel, para que brillen más), se cubre con un vestido justo para disimular lo que considera la perfección de su anatomía (omitiendo, desde luego, toda ropa interior), se alisa el cabello añorando por vez primera la magia de las lacas (desde hace años elude rigurosamente al peluquero) y escapa hacia la noche de la ciudad pensando que el corazón es un cazador solitario.

Rebeca, que sabe que esa noche no podrá dormir, penetra en el silencio morado de la noche del Vedado. Nunca antes le había chocado tanto percatarse de que vivía en una ciudad muerta, de automóviles decrepitos, de chicas cuyas piernas se movían bajo telas baratas. Una ciudad donde las piernas provenientes de cualquier tipo de chicas se apuraban en perderse hacia las entrañas de algún automóvil turístico para enseguida abrirse como un reclamo de salvación.

La noche se enquistaba como una irremediable protuberancia. Se mueve, y al doblar la esquina de la calle 23 con Paseo se percata de que todo el movimiento de la noche es una farsa, como la superficie de una mesa de billar sin troneras. Y lo peor es la metástasis que hace la noche dentro de su cuerpo. Piensa en voz alta:

—Ni un perro se acostaría conmigo hoy.

Cuando llega a la casa todo lo que hasta entonces había sido la aceptable familiaridad de las cosas arremete contra cada una de sus neuronas. Es ridículo aquel televisor marca Panda con una pantalla que parece escupir sus colores chispeantes. Piensa que una marca lleva a la otra. El refrigerador marca Impud ronronea descalabrado y Rebeca cree escuchar el goteo incesante del congelador torcido sobre los *tuppers*

sin tapas. La radio es marca Siboney. El único ventilador se llama Caribe. El sofá de la sala con su nicho longitudinal de muelles vencidos es una tumba para ver telenovelas. Sabe, por el olor, que su marido ha regresado.

Antes de tomar alguna determinación decide preparar el sueño, pero enseguida se ahoga porque las cosas nunca son tan sencillas: hace una semana se le acabó el meprobamato, sabe que sin las cápsulas está perdida y a esa hora solo una farmacia de guardia permanecería abierta. El sueño de la razón es la única salvación posible, no importa cuántos monstruos produzca. Ni siquiera es seguro que la farmacia tenga el medicamento. Agarra el teléfono y marca:

«¿Diga?» «Buenas noches, compañero, quería saber si tenían meprobamato o algo para dormir...» «Lo siento, está equivo... Perdón, ¿qué me dijo que necesitaba?» «Algo para poder dormir, tengo un problema crónico de insomnio.» «Aquí no tenemos meprobamato, pero pásese mañana de diez a doce por nuestra nueva sucursal, en la calle 27 y 72, en la esquina.» «Graaacias, entonces hasta mañana...» «La esperamos, compañera.» Y colgó.

Ya que va a tener insomnio, por lo menos que sea el Gran Cabrón quien se acueste en el sofá. ¿Aún quiere echarlo a la calle? Rebeca se prepara para entrar al cuarto y ordenarle que se largue. A la sala, sin ventilador. Se llama Caribe.

Frente a la ventana que da al patio interior fajado de azulejos, Montalbán escribe en su cuaderno rojo:

*La Habana no despierta como el resto del mundo. No hay estiramientos ni bostezos urbanos. Esta ciudad despierta de golpe porque el sol aparece como si estuviera sometido a un colosal interruptor. Es un sol redondo y áspero como una bola de papel de lija. Con la excepción del malecón, nunca hay vida en las noches más allá de los ronquidos y el zumbido de los mosquitos, por eso da la impresión de que la gente amanece cansada.*

¿La gente amanece cansada? Montalbán relee y no comprende cómo ha podido escribir aquello. Desde el año en que se desencadenó la crisis sobre la longitud de la isla, ha decidido tener toda la paciencia que le falta al mundo y mantenerse firme en sus ideas. «Es pasajero», pensó entonces. Y, seis años después, sigue pensando que es pasajero, solo que él está más viejo. No le gusta haber escrito que la gente amanece cansada porque se parece demasiado a la disconformidad que tanto ha luchado por eludir. La isla, su isla, avanza hacia un futuro lleno de luces y de campos roturados y de médicos con Ladas,

como antes. Por eso no puede explicarse qué le sucede esa mañana en que no quiere dar un paso más.

No quiere saber nada del hospital, del salón de operaciones con la nueva enfermera que siempre parece estar gritando. Hoy no se atreverá a tomar la bicicleta y pedalear durante cuarenta minutos. Tiene hambre. No hay nada que hacer en la calle. Tampoco en casa. Entra y sale del cuarto. Ha salido del cuarto porque está sonando el teléfono, y si le horroriza pensar que alguien pueda llamarlo y darle los buenos días, peor aún es contemplar la posibilidad de que lo requieran en el hospital. «Ha llegado un caso urgente, hay que operar y solo tenemos un cirujano para este caso: usted, doctor Montalbán.»

«Usted, doctor Montalbán.» Es la sentencia de vida que hoy no quiere escuchar. Descuelga el teléfono con la mano derecha, que parece una canoa mecida en un mar de nervios. Del otro lado alguien, por milésima vez en el último año, pregunta si es la farmacia. No, está equivocado, se trata de una casa particular.

Fue entonces, en una esquina de aquella mañana indecisa, cuando se le ocurrió utilizar la desquiciada circunstancia de las llamadas telefónicas para algo. Y enseguida supo que no importaba para qué, porque en la absoluta aceptación de sus intenciones ya latía la necesidad de concretarlas. No veía qué podría hacer con *aquello*, pero estaba fecundado por la idea de usarlo. Llegado el momento de dar a luz al acto, podría ver con claridad el aspecto de lo que en ese preciso instante no era más que un embrión. Se sintió otra vez niño, como el niño que solo él había sido en el mundo, cuando dedicaba tardes caldeadas a merodear por los basurales en busca de objetos retorcidos y absurdos: nunca sabía para qué servían, pero los cargaba convencido de que, llegado el momento, revelarían una utilidad precisa.

¿Dónde, exactamente, había empezado todo? ¿Quién lo había llamado por primera vez para preguntar si se trataba de la farmacia? 203 13 85: su teléfono siempre había sido el mismo. Todo se aclaró cuando un día en que por enésima vez alguien preguntaba por la farmacia, él le preguntó a qué número creía que estaba llamando. 203 16 85, fue la respuesta. No fue difícil verificar que el seis quedaba justo debajo del tres en las pizarras de aquellos teléfonos que había distribuido el gobierno para tener a los médicos localizables. Estadísticamente, era imposible que, entre cientos de llamadas diarias a aquella farmacia enterrada en un barrio sucio de La Habana, alguien no equivocara el dedo y comunicara con su enorme caserón republicano. Desde entonces Montalbán supo que ya nunca se libraría de recibir al menos una docena de llamadas al día preguntando por algún medicamento.

Su casa era la única del barrio de Buenavista que aún conservaba la lúdica autoridad de los palacetes republicanos. El resto de las viviendas habían sido transformadas poco a poco. El portal se estiraba con cierto aspecto gubernamental, la planta en ele ceñía el patio rectangular de azulejos sevillanos y por todo el costado se sucedían las enormes habitaciones hasta el fondo, donde estaban el comedor y la cocina, ambos de puntal muy alto. Al final se extendía un terreno sembrado de árboles muy viejos. Ahora toda su casa tenía el aspecto rasposo de un coco seco y dentro del refrigerador solo había agua.

Suena. Han transcurrido dos horas en los anales de la decisión de Montalbán y el teléfono otra vez suena. Y aunque Montalbán parece imposibilitado de movimiento al filo de la prehistoria de su decisión, levanta el auricular una vez más en su vida: «¿Diga?» «Buenas noches, compañero, quería saber si tenían meprobamato o algo para dormir...» «Lo siento, está equivo..., perdón, ¿qué me dijo que necesitaba?» «Algo

para poder dormir, tengo un problema crónico de insomnio.» Montalbán traga una bocanada de aire espeso, aprieta los ojos y le dice a la voz del otro lado de la línea: «Aquí no tenemos meprobamato, pero pásese mañana de diez a doce por nuestra nueva sucursal, en la calle 27 y 72, en la esquina». «Graacias, entonces hasta mañana...» «La esperamos, compañera.» Y colgó.

Ha citado a alguien en su propia casa diciéndole que era la farmacia. Se asusta de lo que acaba de hacer y, para que las ideas no se diluyan en la pasta del miedo, coloca uno de sus diez casetes en el reproductor. *Summertime*. Empieza con la versión de Nina Simone. Montalbán tiene solo diez casetes con una única canción: *Summertime*, repetida centenares de veces en distintas versiones. Escucha recostado en la silla que está contra la pared gris:

*Summertime, and the livin' is easy  
Fish are jumpin' and the cotton is high  
Oh your daddy's rich and your ma' is good lookin'  
So hush little baby, don't you cry.*

Poco a poco logra ir midiendo las consecuencias de su decisión. Lo razonable sería despertarse a la mañana siguiente y cabalgar en su bicicleta con las tripas vacías hacia el hospital, olvidándose de que le había dado cita a alguien diciéndole que su casa era una nueva sucursal de la farmacia. Pero en este instante Montalbán está harto de casi todo. Le gusta esa oscuridad que se ha instalado en todo su ser. Escribe en su cuaderno rojo: «OBSCURIDAD». Así, con «B», es como la siente metida en los todos los intersticios de su cuerpo. Para esperar a la dueña de la voz tampoco podrá ir al hospital al día siguiente. Da vueltas alrededor de su bicicleta ucraniana y experimenta un regocijo virgen. Eso, la segunda consecuencia de la decisión de

Montalbán es la de ponerle los cuernos a su aborrecible bicicleta ucraniana. Púdrete, bicicleta del infierno.

Y, como decidió no volver a salir de su casa, no enfrentar el día a día sudoroso en el hospital donde era médico residente, yo empecé a perderle el rastro. Nuestra amistad de años se había ido aplazando sin una interrupción definida, pero el grupo de amigos se fue desintegrando y el médico Julio César Montalbán dejó de escribir poesía y de asomar su chata nariz de negro risueño en nuestras tertulias.

Y ¿qué iba a hacer con la dueña de la voz que quería ser dueña de un sobre de meprobamatos cuando apareciera en su casa, pensando que era la farmacia?